

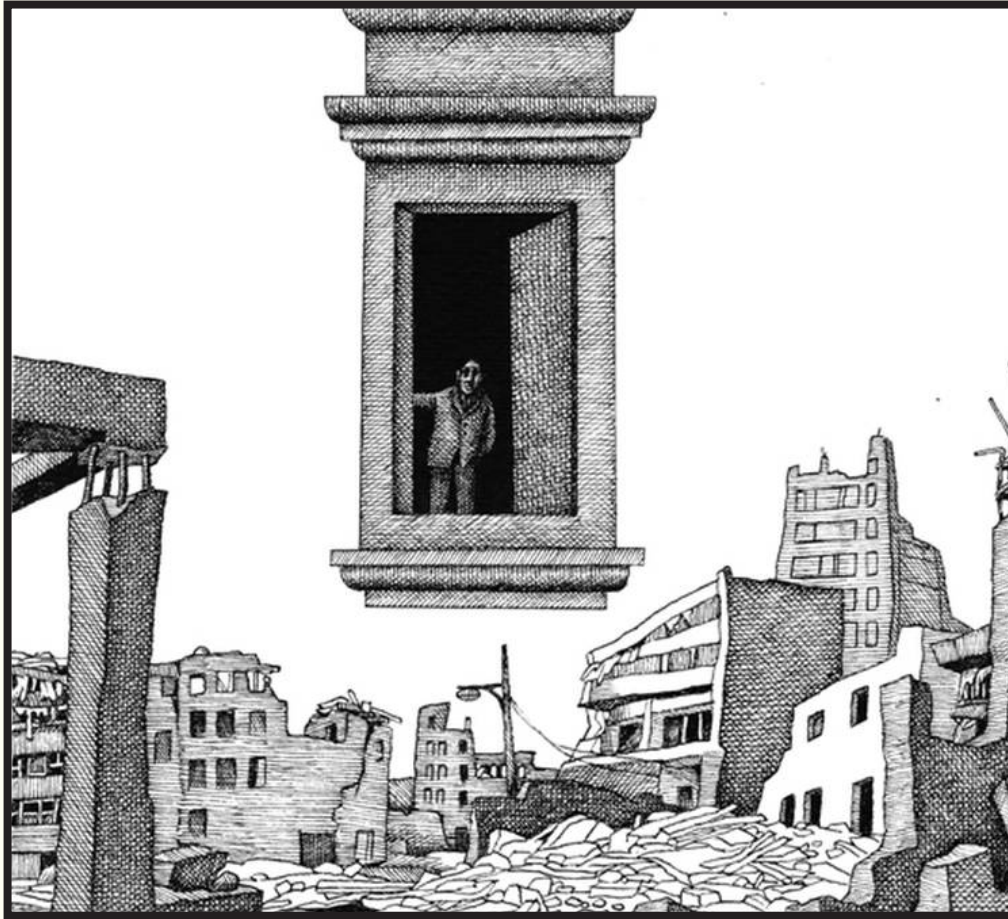
Espacio y tiempo,
crónicas del 85:
CATÁSTROFE



I espacio

Entre tanta catástrofe, lo que sobreviven son las voces. El terremoto del 85, se estima, cobró la vida de unas 20 mil personas. Ni los años, ni la distancia, parecen remitir este hecho a lo ajeno. En vez, la memoria de los sopesados por la tragedia, de una forma u otra, invoca un vendaval de rostros perdidos, cuyos relatos hielan a quienes van escuchando, entre urdimbres generacionales, las anécdotas de dolor y desesperanza.

Ese 19 de septiembre de 1985, a las 7 de la mañana, jamás llegará a ser ajeno, ni siquiera para aquellos que no lo experimentamos. Así, si se agudiza el oído y la visión, hasta las calles y los edificios, escondiendo aún en sus bases cicatrices agrietadas, susurran relatos de lo que pasó.



La Escuela

La caminata es larga. Rosa se va desde temprano para llegar a sus clases. Entre lo que años después serían Plan de Ayutla y Cuernavaca, se encuentra la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del IPN, donde va empezando tercer semestre. Al principio es imperceptible. Lo primero que la alerta es el sonido de vidrios rompiéndose en frente de la calle, donde está el Hospital de Enfermedades Tropicales. Entonces escucha gritos. Casi se cae, y corre hacía el portón de la entrada. Sostenida de la mano con los guardias del portón, mira con asombro desde la escuela cómo los postes titiritean, y entre el espasmo de sus cables, las explosiones que se producen por los choques de electricidad. Todo grita. Para cuando termina el temblor, Rosa se da cuenta que tuvo la fortuna de no estar en una zona de desastre. Entre objetos rotos todo está siendo evacuado. El metro no funciona, los semáforos apagados provocan un caos vial. Se encamina de vuelta a su casa. Tanta gente; tanto escombros. La caminata es larga.

El Hospital

No hay luz. Martín está en su casa, y aún no sabe la tragedia que fue el temblor que acabaron de sentir. Sale de su casa para comprarle pilas al radio portátil. Las palabras resultaron más escalofrantes que el mismo evento. Incontables muertos. Edificios colapsados. Hospitales; la realización. Su hermano.

Su mamá es la última en llegar en el transcurso de la mañana, no había alcanzado a llegar a su trabajo para cuando se empezaron a derrumbar los edificios. Ahí, por la avenida reforma a lado del SHCP, le dice su mamá, un hotel quedó hecho escombros.

Las llamadas telefónicas no salen, ocasionalmente llegan a entrar. Su hermano mayor sí logra avisar que está bien y que va a llegar a la casa. Pero se hace de noche, y el miedo bulle hasta desen-

volverse en pánico al escuchar, por la radio, que el Hospital General, donde su hermano toma clases, se ha derrumbado.

Las horas sucumben en desesperación, y no es hasta que él abre la puerta, con la piel tiznada de tierra y sangre, que pueden respirar. No estaba en el Hospital General, dice, estaba en el edificio contiguo. Les cuenta de cómo, entre el estruendo, se hizo una nube de polvo que lo inundaron tanto a él como a sus compañeros, y de cómo se pasaron la tarde entre los escombros, tratando de sacar a gente; a padres, hermanos, hijas, madres, bebés. Aunque fuera vivos o muertos, los sacaban. El susto del día siguiente, cuando vuelve a temblar, permanece hasta el día de hoy.



A black and white photograph showing the aftermath of a disaster. In the background, a multi-story building is partially destroyed, with a large, skeletal metal frame and a sign that appears to say 'HOTEL' visible. In the foreground, a white van is parked on a dirt road, surrounded by a massive pile of rubble and debris. The scene is one of devastation and loss.

El Hotel

El edificio al que los compradores llegaron constaba de 8 pisos, después del terremoto no quedó ni uno. Solo escombros. Días después, en la triste banqueta paralela, una mujer se sentó, en la espera a que sacaran los restos de su esposo.

II

tiempo

Enfocándose en el duelo y la lucha de Pilar, la viuda de Daniel, por encontrar el cuerpo de su esposo, Aurora da testimonio del dolor y angustia que su amiga sobrellevó por años después del temblor del 85. Pilar, como cientos de familiares, amigos y conocidos de los afectados, fue una víctima más de la catástrofe, y la historia de sus estragos permanece como testamento de una herida que, hasta el día de hoy, sobrevive el paso del tiempo.



1. Una Mañana...

-Se llamaba Daniel Fuentes.

Escucho la voz de Aurora a través de la bocina del celular. La figuro, antes de que empiece su relato, revoloteando los ojos en un intento de aclarar la memoria y recolectar los hechos de lo que sucedió hace más de 35 años. Al momento en que escuchó que suspira, se impone la idea de que le está dando cuerda a la voz y al pasado:

-Mis comadre Pikis y Tere eran sus hermanas. A ellas las conocía desde que teníamos 13 años, más o menos, junto con Mague y Judith. Entre las 5 hacíamos

el grupo de amigas con las que conviví por muchos años, desde que era niña hasta después de casarme. A nosotras, ya de jovencitas, nos dejaban salir porque iban los hermanos mayores de mis amigas, yo era la única sin hermanos mayores. Daniel, en ese entonces, salía mucho con nosotras, junto con otros amigos, y por eso nos dejaban salir a los bailes. Él estudiaba licenciatura en comunicación, y nos hicimos muy amigos. Que en realidad todos en el grupo éramos muy amigos, y yo fui la única que no se llegó a casar con alguien de esa bolita. Éramos varios: cuatro mujeres, Mague, Pikis, Judith y yo, y los demás hombres, incluyendo a los hermanos Olivares. A esos les decíamos los cuervos. Tres parejitas salieron que luego se iban a casar: Pikis y Luis Guillermo, Judith (que en paz descansase ya) con Luis Cesar, que también ya murió, y bueno, Pilar y Daniel. Nosotros estábamos juntos siempre. En la época a mí me pretendían dos hombres. El hermano mayor de Pikis y de Daniel, Paco, y el hermano de Lulú, Chon. Los dos murieron.

Por un momento el silencio se pasea. No es hasta que la risilla de Aurora, eco de livianeza, sacado de algún resquicio de la memoria, interfiere. Me cuenta:

-Cuando Pilar andaba soltera, Daniel andaba detrás de mí. Te imaginarás cómo se enojó Pilar cuando le

conté que Daniel, aunque no andaba ni con una ni con otra, se me acercó. Había sido una vez que estábamos caminando por la calle. Me preguntó cuándo tenía la intención de casarme. Yo le dije: "Tú crees que una se va a casar, con la cara tan fea." En ese momento Daniel me detuvo y me dijo: "Con esa cara ¿cómo no te vas a casar? Tú vas a ser la primera." Y dicho y hecho, yo termine siendo la primera que se casó de la bolita. Esa noche me prometió que me iba a llevar serenata. Yo no le creí, pero me dio su reloj y me dijo: "Si no te llevo serenata, te lo quedas." Entonces, habiéndome dicho eso, yo le propuse a mis amigas que hiciéramos pijamada, porque Daniel me iba a llevar serenata. Yo no sabía que a Pilar le gustaba Daniel, nunca me lo había dicho. -Aurora se ríe.- Esa noche llegó Daniel con los Cuervos. Los Olivares sabían tocar el requinto y daban serenata, entonces se pusieron a cantar bien bonito. Pero te imaginarás lo entrincada que Pilar andaba: "Es que a mí me gusta Daniel, y tú te estás metiendo en medio". A mí, que ni me gustaba Daniel, le expliqué que yo ya andaba con un tabasqueño, y que no estaba en medio de nada. Y bueno pues, me hice a un ladito después de eso, para que no hubiera malos pensamientos, y todo muy bien.

Pilar y Daniel se casaron a los 22, yo me casé a los 20 con el tabasqueño. Toda la juventud nos la pasamos muy bien.



Aún después de casados nos seguíamos viendo una vez al mes. Unos 8 años después de que Pilar y Daniel se habían casado, ya tenían dos niños, Mauricio y Carlitos. A Daniel le fue muy bien en el trabajo y se hizo comprador de Soriana, se dedicaba a comprar todo lo que eran lácteos para la cadena a nivel nacional. Te imaginarás lo importante que era. Un día le llaman para avisarle que tiene que atender a una junta, junto con otros compradores de la cadena, a la Ciudad de México. El 16 de septiembre de 1985, Daniel salió de Monterrey. Él y los compradores se quedaron en un hotel, no me acuerdo cómo se llamaba. Llegaron la noche del 16, y a las 7 de la mañana del día siguiente fue el terremoto.

Esa mañana nosotros estábamos viendo las noticias. Teníamos colchas puestas en la sala, porque hacía calor y usualmente nos poníamos ahí donde estaba el clima. Llegó la noticia del terre-

moto, y el impacto que sentimos en ese momento fue el que sintió todo el país. Te cuento que no se compara al momento en que vi que pasaron otras noticias: Cinco compradores de Soriana perdidos. Proyectaron la foto de Daniel. Me quise morir. Realmente éramos muy amigos.

Si el hotel donde se había quedado tenía 8 pisos, para la mañana ya nada más quedaba uno. Todo se hizo pedazos. Pilar de inmediato se fue para allá. Se quedó una semana sentada en frente del hotel, en la banqueta, para ver cuando sacaban a Daniel del escombros. A los otros compradores que habían estado con Daniel los recuperaron en cachitos. Daniel nunca salió. Es lo que te puedo contar.

2. Un sueño...

La amnesia lo guía entre calles que no conoce. Se levanta, toma cuerda y se dispara desde los escombros de un lugar a otro, visitando espacios que se tornaran pasajeros por cada paso que da, perdido entre las ruinas que el trancazo le dejó en la memoria. No recuerda a su esposa, a sus hijos ni a sus amigos. Toma otro rostro, y así, se escabulle entre avenidas.



3. Ni un zapato...

-Fijate lo que todos pensábamos en ese tiempo, porque no aparecía Daniel. “Es que ni un zapato -como decía Pilar- ni su maleta, ni un retazo de ropa. No hay nada” Y así, una desesperación tremenda que iba bullendo en el pecho. “A la mejor anda caminando; a la mejor anda vagando de calle en calle, como hombre indigente, desaparecido. Quizás perdió la memoria.” Así Pilar se refugiaba al principio en esas esperanzas, y hasta le llegó a pagar a gente para que buscaran a Daniel por la ciudad, buscando algún indigente con la cara de su marido. Pero nadamas no lo encontraban.

Cuando el reporte forense y las fotografías le llegaron para que identificara si era su hermano, Pikis se dio cuenta que no había mucho que identificar. Cuando vieron un cadáver, o bueno, lo que quedó de un cadáver, Pikis y su mamá llegaron a un acuerdo, y Pikis me llegó a decir: “No es mi hermano. El de la foto no es Danielito.” Y así lo repetía “No es mi hermano. No es mi hermano”. Fue una tragedia espantosa. Pikis le gritaba a Dios. Corría al patio y le gritaba a Dios.

Pilar se aferró inicialmente a la idea de que sí era Daniel, pero al ver bien la foto se le vol-

vió a ir la esperanza. Yo también la alcance a ver. La parte inferior de la cabeza estaba bien, era normal, pero una sábana tapaba arriba de la carita, sobre la nariz, ocultando el cerebro destruido, me imagino.

Siguiendo un camino trémulo, la voz de Aurora reanuda el relato:

-Hasta ganas me dan de llorar. Fue muy dramático para Pilar. No sabes hasta dónde llega uno cuando lo persigue el miedo y la angustia. Cada 3 meses viajaba a México, delegación por delegación, sometándose a ver fotos de muerto tras muerto. Doña Lupita, la mamá de Daniel, le decía que ya se resignara. “No lo vamos a encontrar hija. Ya déjalo ir. Es inútil.” Pilar solo le repetía lo que repetiría por años. “Yo lo tengo que encontrar.” Así, vagaba entre cadáveres para ver si Daniel estaba entre alguno de ellos.

Se la tuvieron que traer a fuerza -a fuerza, recalca Aurora- de México con sus dos chiquitos. Cuando la visité estaba una amiga de doña Lupita, doña Yolanda, que me pidió que la ayudara con Pilar. Andaba muy mal, y de esa vez, no diré nada. Solamente te voy a decir que cuando la





encontré, me di cuenta que la pérdida y la angustia son capaces de deshacer a la gente. Pilar toda la vida había sido muy tranquila, pero después de eso, se encontraba totalmente apagada. Ausente.

Eventualmente, retomo su vida. Soriana le pagó su casa, un carro y le dieron becas a los niños. Pilar se puso a trabajar, y pasaron seis años hasta que encontraron a Daniel. Estaba en una fosa común. Por fin fue trasladado a Monterrey, donde fue enterrado para que sus hijos lo pudieran visitar.

Se acaba el relato. El bullicio de un juego de celular, que delata el ruido de un tragamonedas digital, aterriza el presente. Cuando Aurora vuelve a hablar, su voz ya no es voz, sino memoria encarnada, matizada de tristezas:

-Lo más duro es el día siguiente. Es difícil estar entre escombros y pensar que el mundo no se ha acabado. Es inimaginable tener que enfrentar el hecho que la vida sigue.



